

# “Y el Verbo habitó entre nosotros”

Por: Héctor A. Delgado

*badlibros@gmail.com | www.badlibros.org*

**Objetivo de este tema:** Presentar una breve reflexión sobre la encarnación del Hijo de Dios y sus implicaciones para nosotros como creyentes en este tiempo. Meditar brevemente en un hecho histórico que, si bien se celebra en esta temporada del año, no puede ser abarcado por la festividad navideña, aun sea dedicada por completo a ese objetivo. La encarnación del Verbo eterno, como un acto de condescendencia divina, será un tema de estudio para los redimidos durante los siglos sin fin de la eternidad.

«Ya llega la Navidad,” -nos dice EGW– es la nota que resuena por el mundo, del este al oeste y del norte al sur. Para los jóvenes, para los de edad madura y aun para los ancianos, es una ocasión de regocijo general. Pero, ¿qué es la Navidad para que requiera tanta atención?» (HC: 434). Ciertamente, nos preguntamos: «¿Qué es la Navidad para que requiera tanta atención?». Mi reflexión en esta ocasión no es sobre la Navidad propiamente, sino sobre la *encarnación* del Hijo eterno de Dios, que de hecho, es el Gran Evento que pretende celebrar la Navidad. La *encarnación* es un misterio que sobrepasa nuestra capacidad para comprenderlo, pero nos revela tanto del carácter amoroso de Dios, que nos deja postrados a sus pies en sublime adoración.

El pasaje bíblico que contiene una declaración directa sobre la encarnación de Cristo está registrado en el Evangelio de Juan, 1:1, 14.

«En el principio era el Verbo,  
el Verbo estaba con Dios  
y el Verbo era Dios...  
Y el Verbo se hizo carne  
y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad;  
y vimos su gloria,  
gloria como del unigénito del Padre».

¿Quién es este Verbo? Leyendo el versículo 1 podríamos decir que es un ser preexistente («en el principio era»), un compañero eterno del Padre («estaba en el principio con Dios», v. 2), y mucho más sorprender aun es que es Alguien que comparte la naturaleza divina con el Padre («era Dios»). Pero según el verso 14, «aquel Verbo se hizo carne» (lit. «llegó ser carne»,

algo que no era por naturaleza). Dada su procedencia divina, el Verbo es un Ser único, pero dado el hecho de que «llegó a ser carne», es ahora aún dentro de la Deidad, un Ser más singular: el único Ser que posee dos naturalezas, la divina y la humana. La NVI vierte el verso 14 de la siguiente manera: «Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad».

El Verbo es evidentemente el Hijo de Dios, Jesús, nuestro Redentor y Salvador. Pero, ¿qué quería decir Juan con la palabra «verbo» (gr. *logos*)? ¿Estaba consciente él del significado que tenía esta palabra en el mundo filosófico de sus días? Es muy probable que Juan conociera el significado que los filósofos le atribuían al «logos». Por ejemplo, «En Heráclito [Éfeso, 560 a.C.] el logos es la Razón que domina el Universo y que hace posible la existencia de orden y regularidad en la sucesión de las cosas; pero es también algo presente en nosotros y que debe servirnos como guía para nuestra conducta y como instrumento para el conocimiento».

Uno de los filósofos judíos de mayor renombre, Filón de Alejandría (contemporáneo de Cristo), argumentaba que Dios era tan santo que no podía entrar en contacto con el mundo material sin contaminarse; por eso, para poder relacionarse con el universo material, dependía de «un principio mediador» llamado «logos». En la opinión de William Hendriksen, «uno nunca sabe qué hacer con el logos de Filón. Aunque emplea este término más de mil trescientas veces, nunca le da un significado definido» (CNT: Juan, p. 73).

Pero Juan rompe la inflexible lógica de la filosofía de sus días y presenta su idea sin ambigüedad. Para él, el logos no es una *cosa*, o *algo*, o simple la *razón* o *mente* cósmica; para él, el logos, aunque tiene una existencia eterna (es antes de todas las cosas), ha estado con el Padre en una comunión eterna compartiendo su misma naturaleza esencial («estaba con Dios» y «era Dios»), pero más aún, ha hecho contacto con nuestro mundo en un acto increíble de condescendencia y amor abnegado. «El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros» (lit. «la palabra llegó a ser carne y tabernaculó entre nosotros»). Es cierto que Juan está escribiendo en griego, pero no está pensando en griego, las raíces de su pensamiento no están ancladas en el pensamiento griego, sino en el semita (Hendriksen, *Ibid.*, p. 74). Ya el AT le atribuía poder creador a la Palabra divina: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos, por el aliento de su boca» (Sal. 33:6, cf. Isa. 55:11). En el NT la Palabra de Dios es Cristo.

Pero, ¿qué tanto sacrificó Cristo al tomar nuestra humanidad? El apóstol Pablo nos da una vislumbre de ello, al decir (Fil. 2:5-8):

«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús:

Él, siendo en forma de Dios,  
no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,  
sino que se despojó a sí mismo,  
tomó la forma de siervo  
y se hizo semejante a los hombres.  
Mas aún, hallándose en la condición de hombre,  
se humilló a sí mismo,  
haciéndose obediente hasta la muerte,  
y muerte de cruz».

Hay dos expresiones aquí que crean un antes y un después de la encarnación: «en forma de Dios» y «condición de hombre» («forma de siervo», «semejante a los hombres»). Las dos palabras que definen ambas expresiones son: «forma» (gr. *morfe*) y «condición» (gr. *schema*). Por la forma en que estos dos términos se usan en otras partes del NT, se deduce que «*morfe o forma hace referencia a algo íntimo, esencial y permanente en la naturaleza de una persona o cosa; mientras que schema o condición apunta a su aspecto externo, accidental, transitorio*» (Kistemaker, CNT: Filipenses, p. 75). Pero cuando Jesús se hizo humano, no perdió su divinidad, tampoco perdió algo de ella, pero su divinidad fue rebajada a un nivel inferior, la flexión verbal del texto griego sugiere que Él existía en la forma de Dios y sigue existiendo en esa forma. Pero Jesús no se aferró a sus privilegios o prerrogativas divinas, se *despojó* de ellos, decidió asumir la forma humana a pesar de lo que eso implicaba. Y lo hizo por amor.

La humillación que significó para Cristo la encarnación y vivir bajo la «condición de hombre» hasta llegar al colmo de la humillación, «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz», es el modelo que Pablo traza para nosotros los cristianos (leer vv. 1-5). La encarnación es un evento bíblico de profunda trascendencia, gracias a ella nuestro Dios se hizo uno con nosotros y lo capacitó para morir por nosotros en la cruz. Estamos en deuda con Cristo ya sea que lo reconozcamos o no.

Deseo concluir, citando los siguientes pensamientos de EGW:

«Cristo levantó su tabernáculo en medio de nuestro campamento humano. Hincó su tienda al lado de la tienda de los hombres, a fin de morar entre nosotros y familiarizarnos con su vida y carácter divinos» (DTG:15).

«Por su vida y su muerte, Cristo logró aun más que restaurar lo que el pecado había arruinado. Era el propósito de Satanás conseguir una eterna separación entre Dios y el hombre; pero en Cristo llegamos a estar más íntimamente unidos a Dios que si

nunca hubiésemos pecado. Al tomar nuestra naturaleza, el Salvador se vinculó con la humanidad por un vínculo que nunca se ha de romper. A través de las edades eternas, queda ligado con nosotros. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito.” Lo dio no sólo para que llevase nuestros pecados y muriese como sacrificio nuestro; lo dio a la especie caída. Para asegurarnos los beneficios de su inmutable consejo de paz, Dios dio a su Hijo unigénito para que llegase a ser miembro de la familia humana, y retuviese para siempre su naturaleza humana. Tal es la garantía de que Dios cumplirá su promesa» (*Ibid.*, p. 17).

En un contexto en el cual Satanás había deseado la exhortación suprema, el trono de Dios, Jesús decidió humillarse y tomar la forma de la humanidad caída; y en un tiempo cuando, los cristianos nos refugiamos en una profesión de fe vacía y laodicense (cf. Apoc. 3:14-21), Jesús nos invita de a dejar a un lado todos los artificios en los cuales nos escudamos para proyectarnos a nosotros mismos ante los demás y dejar que sea Él quien sea proyectado por medio de nosotros. ¿Te gustaría que esto, por más humillante y doloroso pueda ser, sea una realidad en tu vida?

Que el Señor te bendiga.